DT 06 13

El lunes la catedral de la Guardia Nacional se convirtió en un lugar de celebrar la victoria y la democracia de España. Este es el canal de subtítulos en español de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Con su tetralogía final Mozart compuso cuatro de las más grandes sinfonías de la historia, sin revolucionar nada, sino apropiándose con la máxima naturalidad y maestría del lenguaje de su tiempo.

Quizá por eso la música de Mozart nos de enseguida la sensación precisamente de gracia, facilidad y elegancia naturales. Sólo en un terreno de la expresión puramente musical, Mozart fue innovador. En una época en la que los compositores dedicaban poca atención al timbre de los instrumentos, un violín podía ser sustituido por un oboe, un corno inglés por una trompeta, Mozart se mostró extremadamente sensible al color del sonido.

En su música los instrumentos dejan de ser intercambiables. La especificidad de la instrumentación hace de Mozart un músico moderno, también desde el punto de vista de la historia y de la sociología de la interpretación, que va de los ejecutantes aficionados a los profesionales, de las veladas familiares a los conciertos públicos. Mozart es intrínsecamente un sinfonista, aunque lo más original y buena parte de lo esencial de su sinfonismo lo pusiera en los conciertos para piano y en los quintetos.

Después del gran avance orquestal que es el concierto número 20, históricamente el caso más característico es la sinfonía número 38, llamada Praga. Es quizá menos grande que las tres últimas, de las que nos ocupamos el año pasado, pero en ella, al realizar por primera vez el equilibrio ideal de las masas orquestales, Mozart crea la orquesta moderna. Los instrumentos de viento ya no son una especie de ornamento añadido, sino que se integran con la cuerda y en la sustancia misma de la obra.

La sinfonía número 38 de Mozart es la única sinfonía clásica, fuera de las de Beethoven, que se atiene exclusivamente a la forma sonata. Falta así el minueto, la Praga tiene sólo tres movimientos y el contraste habitual entre el minueto y el resto de la construcción es sustituido por nuevas y muy originales contraposiciones armónicas y rítmicas. Un contrapunto sólido y rico y una gran invención melódica y rítmica hacen de ella una sinfonía luminosa y una de las obras más brillantes de Mozart.

Sus tres movimientos son memorables y cada uno de ellos podría entrar en el concurso de la melodía inolvidable. Con las sinfonías de Mozart volvemos a las referencias de Bruno Walter y de Carl Böhm. La última grabación de Böhm con la Filarmónica de Viena ha sido reeditada en compacto y la de Walter lo será.

Para esta sinfonía son también recomendables Kripps y Mariner, como he comentado antes, que son las que más me gustan y que me dan la costumbre en un segundo plano.